

El día del Juicio
Jack Higgins



Un viejo sacerdote irlandés pasa su vida ayudando a escapar de Alemania oriental a los refugiados, lo que merece la atención y el respeto de las autoridades comunistas. Entretanto otros seis monjes luteranos, un jesuita, un exmilitar inglés, un sepulturero judío y un excarcelero de la SS aúnan esfuerzos para llevar a cabo un rescate descabellado.

Para Mike Green, con gratitud

EL DÍA DEL JUICIO

Jack Higgins

La libertad supone muchas dificultades y la democracia no es perfecta, pero jamás nos vimos obligados a erigir un muro para confinar a nuestro pueblo.

*Presidente John F. Kennedy,
26 de junio de 1963*

BERLÍN, 1963

UNO

Al virar en la esquina, Meyer aminoró la velocidad del antiguo coche fúnebre. Sus manos, pegajosas a causa del sudor, se aferraban al volante y sentía crispársele el estómago a medida que avanzaba hacia el puesto de control, claramente visible en la noche bajo el blanquecino resplandor de la luz proyectada por las lámparas de los arcos.

—Debo estar loco —murmuró—. Chiflado. Ésta es la última vez, lo juro.

Los dos Vopos que montaban guardia junto a la barrera roja y blanca usaban viejos impermeables de la Wehrmacht y llevaban los rifles colgados. Un oficial se paseaba ante la entrada de la casilla fumando un cigarrillo.

Meyer frenó y se apeó mientras uno de los centinelas abría la puerta. La calle llegaba hasta el propio muro, tras atravesar una zona en la que habían sido demolidas todas las casas. Más atrás, en un claro, se hallaba el puesto fronterizo de la Zona Occidental.

Meyer buscó con torpeza sus documentos en tanto el oficial se acercaba.

—Otra vez usted, Herr Meyer. ¿Y qué es lo que le trae ahora? ¿Más cadáveres?

Meyer presentó sus papeles.

—Sólo uno, Herr Leutnant.

Observó con inquietud al oficial a través de sus gafas con montura de acero. Con su canosa melena desgreñada, el cuello de la camisa deshilachado y el abrigo raído, su aspecto se parecía más al de un músico fracasado que a ninguna otra cosa.

—Anna Schultz —dijo el teniente—. Diecinueve años.

Bastante joven, incluso para estos tiempos difíciles.

Se ha suicidado —explicó Meyer—. Sus únicos parientes son unos tíos que se encuentran en la Zona Occidental. Han reclamado el cuerpo.

Uno de los Vopos abrió la portezuela trasera del coche fúnebre y comenzó a desenroscar los tornillos de la tapa del ataúd. Meyer le cogió el brazo con premura.

El teniente dijo:

—Oh, ¿acaso no desea que miremos dentro del ataúd? Me pregunto por qué será.

Meyer, que se enjugaba el sudor que perlaba su rostro con un pañuelo, parecía no encontrar palabras con que expresarse. En ese momento un camión pequeño paró detrás. El conductor se asomó por la ventanilla con sus documentos. El teniente echó un vistazo impaciente por encima de su hombro y ordenó.

—Desháganse de él.

Uno de los Vopos corrió hacia el vehículo y se apresuró a revisar los papeles del conductor. —¿Qué es esto?

—Un motor «Diésel» para reparar en los «Talleres Greifwalder».

El motor resultaba perfectamente visible, ya que estaba amarrado con cuerdas en la posición adecuada en la parte trasera del camión. El Vopo devolvió los documentos a su dueño.

—Está bien... siga.

Levantó la barrera roja y blanca, el conductor hizo retroceder su vehículo para separarse del coche fúnebre y se dirigió al boquete practicado en el muro.

El teniente hizo un gesto a sus hombres. —Ábranlo.

—Usted no comprende —rogó Meyer—. Estuvo en el Spree durante quince días.

—Eso lo veremos, ¿no?

Los Vopos sacaron la tapa. El hedor saturó de inmediato la atmósfera y uno de los hombres tuvo que vomitar junto al coche. El otro alumbró con su linterna para que el teniente pudiera echar una mirada en el interior del cajón, pero se apartó velozmente.

—Pongan la tapa, por Dios. —Se volvió hacia Meyer—. Y usted, saque esa cosa de aquí.

El camión cruzó las barreras del otro lado y se detuvo ante la casilla del puesto de control. El conductor, un hombre alto ataviado con una chaqueta negra de piel y una gorra, se bajó. Sacó un paquete arrugado de cigarrillos, ensartó uno en su boca y se inclinó hacia delante para aceptar la lumbre que le ofrecía el sargento de la Policía de Alemania Occidental, quien había ido a su encuentro. El fósforo, que llameaba tenue en las manos del agente, iluminó un rostro recio, de pómulos prominentes, cabello rubio y ojos grisáceos.

—Los ingleses tienen un refrán, ¿no es verdad, mayor Vaughan? —dijo el sargento en alemán—. «Tanto va el cántaro a la fuente...». —¿Cómo va la cosa allí detrás?— inquirió Vaughan.

El sargento se volvió con aire distraído.

—Da la sensación de que reina cierta confusión. Ah, sí; ya viene el coche fúnebre.

Vaughan sonrió.

—Dígale a Julius que lo veré en la tienda.

Montó en la cabina y se marchó. Transcurrido un rato dio un taconazo contra la parte anterior del asiento. —¿Están bien ahí? —Se oyó un golpe apagado a modo de respuesta y Vaughan esbozó una sonrisa de satisfacción—. Estupendo, pues.

En la zona de la ciudad a la cual se dirigió, había calles pobres con vetustos almacenes y edificios de oficinas, que

alternaban con extensos terrenos cubiertos de escombros, vestigios de los bombardeos de la época de la guerra. Aproximadamente quince minutos después de dejar el puesto de control, Vaughan entró en la Rehdenstrasse, una callejuela sombría, bordeada por depósitos a punto de desmoronarse, que corría paralela al río Spree.

A mitad de camino, en un letrero iluminado por una sola bombilla se leía: «Julius Meyer y Compañía, Funeraria». Vaughan descendió, abrió las enormes puertas y encendió una luz. Luego volvió a trepar al camión y lo entró.

En una época, el local había sido utilizado por un comerciante de té. Los muros estaban blanqueados con cal y una desvencijada escalera de madera conducía a una oficina cuyas paredes eran de cristal. Los ataúdes vacíos se hallaban amontonados en un rincón, descansando sobre uno de sus extremos.

Vaughan se detuvo a encender un cigarrillo y en ese momento entró el coche fúnebre. Pasó junto al vehículo sin pérdida de tiempo y cerró las puertas. Meyer apagó el motor y se apeó. Estaba extremadamente agitado y enjugaba en forma continua la transpiración de su rostro con un pañuelo mugriento.

—Nunca más, Simon, lo juro. Ni aunque Schmidt pague el doble. Esta noche creí que el bastardo me pescaba.

Vaughan le respondió alegremente:

—Te preocupas demasiado.

Se inclinó hacia dentro de la cabina y tanteó en busca de un pestillo oculto para permitir que la parte anterior del asiento cayera hacia delante.

—Bueno, ya pueden salir —anunció en alemán—. ¿Es vida la que llevamos? —protestó Meyer—. ¿Por qué tenemos que vivir así? ¿Para qué hacemos esto?

—Dos mil marcos por cabeza —arguyó Vaughan—. Pagados con anticipación por Heini Schmidt, que tiene tantos de esos pobres bastardos aguardando allí que podemos hacerlo todas las noches si se nos antoja.

—Tiene que haber una forma más fácil —insistió Meyer —. Sólo sé una cosa: necesito un trago.

Subió la escalera que llevaba a la oficina.

El primero de los pasajeros, un hombre joven que llevaba abrigo de piel, reptó fuera del compartimiento disimulado y se quedó parado, cegado por la luz.

Sostenía un legajo. Lo siguió un sujeto de edad mediana que lucía un traje gastado de color marrón. Una cuerda atada alrededor de su maleta impedía que ésta se abriera.

La última en salir fue una muchacha que rondaba los veinticinco años. Su rostro era pálido y sus ojos hundidos, de color negro. Vestía una trinchera de hombre y se cubría la cabeza con un pañuelo, a la usanza campesina. Vaughan nunca los había visto.

Como de costumbre, el camión había sido cargado de antemano.

—Ya están en Berlín Occidental y son libres de ir a dónde les plazca. Al final de esta calle encontrarán un puente que cruza el Spree. Sigán derecho por allí y encontrarán una estación de Metro. Buenas noches y buena suerte —agregó.

Se dirigió a la oficina. Meyer estaba sentado al escritorio con una botella de *whisky* en una mano y en la otra un vaso, que vació rápidamente de un trago.

Volvió a servirse y Vaughan le quitó el licor. —¿Por qué siempre actúas como si esperaras que la Gestapo aparezca en cualquier momento?

—Porque en mi juventud hubo demasiadas ocasiones en que esa posibilidad era muy clara.

Golpearon a la puerta. Mientras ambos se volvían, la muchacha entró en la oficina con irresolución.

—Mayor Vaughan, ¿podría hablar un momento con usted?

El inglés que hablaba la joven era casi excesivamente perfecto, sin traza alguna de acento. —¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó Vaughan.

—Me lo dijo Herr Schmidt cuando lo conocí para arreglar lo del cruce. —¿Y dónde fue eso?

—En el restaurante del viejo «Hotel Adlon». Un amigo me dio el nombre de Herr Schmidt; lo consideraba un hombre de confianza para resolver estos asuntos.

—¿Te das cuenta? —terció Meyer—. Cada vez se pone peor. Ahora ese idiota menciona tu nombre ante desconocidos.

—Necesito ayuda —explicó la muchacha—. Una ayuda especial. Él pensó que usted podría aconsejarme.

—Su inglés es muy bueno —le confesó Vaughan.

—Tiene que serlo. Nací en Cheltenham. Me llamo Margaret Campbell. Mi padre es Gregory Campbell, el físico. ¿Han oído hablar de él?

Vaughan asintió con la cabeza y comentó:

—Los dos, él y Klaus Fuchs, entregaron a los rusos casi todos los secretos atómicos que habíamos descubierto desde 1950. Fuchs acabó en el banquillo de los acusados del Old Bailey.

—Mientras mi padre y su hija de doce años encontraban asilo en Alemania Oriental.

—Creía que era de esperar que llevaran una vida muy feliz a partir de ese momento —dijo Vaughan—. El paraíso socialista y todo eso. Lo último que supe de su padre fue que era profesor de física nuclear en la Universidad de Dresde.

—Tiene cáncer de pulmón —aclaró la joven llanamente—. Incurable. Un año a lo sumo, mayor Vaughan. Desea salir.

—Comprendo. ¿Y dónde se encuentra ahora?

—Nos dieron una vivienda en el campo. Una casa en una aldea llamada Neustadt. Queda cerca de Stendhal.

A unos setenta y cinco kilómetros de la frontera. —¿Por qué no acude al Servicio de Información británico? Tal vez ellos consideren que vale la pena recuperarlo.

—Ya lo he hecho —respondió la joven—. Por intermedio de otro contacto de la Universidad. No les interesa... ya no. En la actividad de mi padre, hay que mantenerse siempre muy al tanto de las recientes investigaciones, y hace ya mucho tiempo que él está enfermo. —¿Y Schmidt? ¿No podía ayudarlo?

—Dijo que el riesgo que implicaba era demasiado grande.

—Tiene razón. Una cosa es dar un saltito aquí en la frontera de Berlín, pero su padre... eso sería meterse en la boca del lobo.

Fuese lo que fuese aquello que hasta ese momento había mantenido firme a Margaret Campbell, la abandonó. Sus hombros se aflojaron, sus ojos negros sólo denotaban desesperación. Daba la sensación de ser muy joven y vulnerable, de una manera curiosamente conmovedora.

—Gracias, caballeros. —Se volvió con aire fatigado pero luego se detuvo—. Tal vez ustedes puedan decirme cómo comunicarme con el padre Sean Conlin.

—¿Conlin? —repitió Vaughan.

—La Liga de la Resurrección. El movimiento clandestino cristiano. Me he enterado de que se especializa en socorrer a la gente desamparada.

Vaughan permaneció sentado, con la vista fija en la muchacha. Reinó un largo silencio.

—¿Qué problema hay? —dijo Meyer.

Vaughan siguió callado, y fue Meyer quién se volvió hacia la joven.

—Como ya le dijo Simon, cruce el puente que está al final de la calle y siga derecho, unos quinientos metros, hasta llegar a la estación del Metro. Poco antes, hay una iglesia católica... la del Inmaculado Corazón. El padre debe estar confesando a estas horas. —¿A las cuatro de la madrugada?

—A obreros nocturnos, prostitutas, gente de esa clase. Los hace sentir mejor antes de irse a acostar —explicó Vau-

ghan—. El padre es un hombre de ese tipo, señorita Campbell. Lo que algunas personas llamarían un bendito tonto.

Margaret continuó sin moverse, con las manos en los bolsillos, el entrecejo ligeramente fruncido. Luego se volvió y salió sin pronunciar palabra.

—Una chica tan agradable —comentó Meyer—. Lo que debe haber pasado. Es un milagro que haya aguantado tanto.

—Precisamente —contestó Vaughan—. Y yo hace rato que he dejado de creer en la gente como ella.

—Dios mío —exclamó Meyer—. ¿Siempre tienes que estar buscando peros? ¿No confías en nadie?

—Ni siquiera en mí —añadió Vaughan con amabilidad.

La puerta se cerró con un golpe. —¿Entonces te limitarás a quedarte allí parado y permitirás que esa chica recorra todo ese trecho sola y en un barrio como éste? —dijo Meyer.

Vaughan lanzó un suspiro, cogió su gorra y salió.

Meyer oyó cómo retumbaban sus pisadas abajo. La puerta volvió a golpearse.

—Bendito tonto. —Soltó una risita y volvió a servirse otro vaso de *whisky*.

Vaughan divisó a Margaret Campbell cuando ésta pasó debajo de la luz de una lámpara de la calle a treinta o cuarenta metros delante de él. En el momento en que cruzó la calzada en dirección al puente y comenzó a atravesarlo, un hombre con sombrero gacho y abrigo oscuro emergió de entre la penumbra al otro lado de la calle y le obstruyó el paso.

La muchacha se detuvo indecisa y el hombre le habló y le apoyó una mano sobre el brazo. Vaughan extrajo una «Smith & Wesson 38» de uno de los bolsillos interiores, la smartilló y la sostuvo contra el muslo derecho.

—Ésa no es forma de tratar a una dama —gritó en alemán mientras subía la media docena de escalones que conducían al puente.

El hombre se volvió rápidamente, alzando la mano en que blandía una «Walther». Vaughan le disparó en el antebrazo derecho, lo empujó contra la barandilla y la «Walther» voló hacia las oscuras aguas que discurrían más abajo.

El individuo no emitió ningún sonido. Simplemente, se cogió el brazo con fuerza, en tanto la sangre manaba por entre sus dedos, y apretó los labios. Era un hombre joven, de rostro duro, curtido, y pronunciados pómulos de eslavo. Vaughan lo hizo girar, lo apretujó contra el pasamanos y lo registró presuroso. —¿Qué le ha dicho? —le preguntó a Margaret Campbell.

La chica le respondió con voz un tanto trémula:

—Quería ver mis papeles. Dijo que era policía.

Vaughan ya había abierto la cartera del sujeto y extraído un carnet de identidad de color verde.

—Cosa que, en cierta forma, es. SSD. Servicio de Seguridad del Estado de Alemania Oriental. Su nombre es Röder, si le interesa saberlo.

La chica parecía genuinamente atónita.

—Pero no pudo haberme seguido. Nadie pudo haberlo hecho. No comprendo.

—Ni yo tampoco. Quizá nuestro amiguito pueda ayudarnos.

—Váyase al demonio —le espetó Röder.

Vaughan le asestó un golpe en la cara con el cañón de la «Smith & Wesson», hiriéndolo. Margaret Campbell lanzó un grito y le cogió del brazo. —¡Basta!

La muchacha era sorprendentemente fuerte y Röder aprovechó el breve forcejeo para correr hasta el final del puente y precipitarse escaleras abajo, perdiéndose en la oscuridad. Finalmente, Vaughan logró zafarse y volverse, a tiempo para alcanzar a ver a Röder al pasar bajo una lámpara del extremo de la calle, siempre corriendo, y doblar por la esquina.

—Felicitaciones —dijo—. Quiero decir que eso realmente ayuda mucho, ¿no es cierto?

La voz de Margaret era apenas un susurro.

—Lo hubiera matado, ¿verdad?

—Probablemente.

—No me iba a quedar con los brazos cruzados.

—Lo sé. Muy humanitario de su parte y muy positivo para su padre, estoy convencido.

Al oír aquello, la chica se encogió de miedo, sus ojos se dilataron y Vaughan deslizó la «Smith & Wesson» en su bolsillo interior.

—Ahora la llevaré a ver al padre Conlin. Otro individuo muy propenso a los gestos nobles. Usted y él seguramente congeniarán.

Vaughan la cogió por el brazo y juntos echaron a andar hacia el otro lado del puente.

El padre Sean Conlin, junto con el pastor Niemoller, había sobrevivido al infierno de Sachsenhausen y Dachau. Después, cinco años en Polonia le habían hecho comprender que en realidad nada había cambiado. Que aún continuaba luchando contra el enemigo agazapado bajo un nombre distinto.

Pero la tendencia a hacer las cosas a su manera y una total indiferencia hacia cualquier tipo de autoridad lo habían convertido en una espina en el costado del Vaticano durante años. En una célebre ocasión había sido censurado por el propio Papa, hecho que tal vez justificaba el que un hombre que constituía una leyenda en vida siguiera siendo un humilde sacerdote a la edad de sesenta y tres años.

Estaba sentado en el confesonario. Era un hombre de aspecto frágil y cabello cano, que usaba gafas con montura de metal; llevaba alba y una estola violeta alrededor del cuello. Estaba cansado y tenía frío, puesto que aquella madrugada había acudido más gente que de costumbre.

Lo que verdaderamente ansiaba era que su último cliente, una prostituta callejera local, se marchara.

Aguardó un rato y luego empezó a incorporarse.